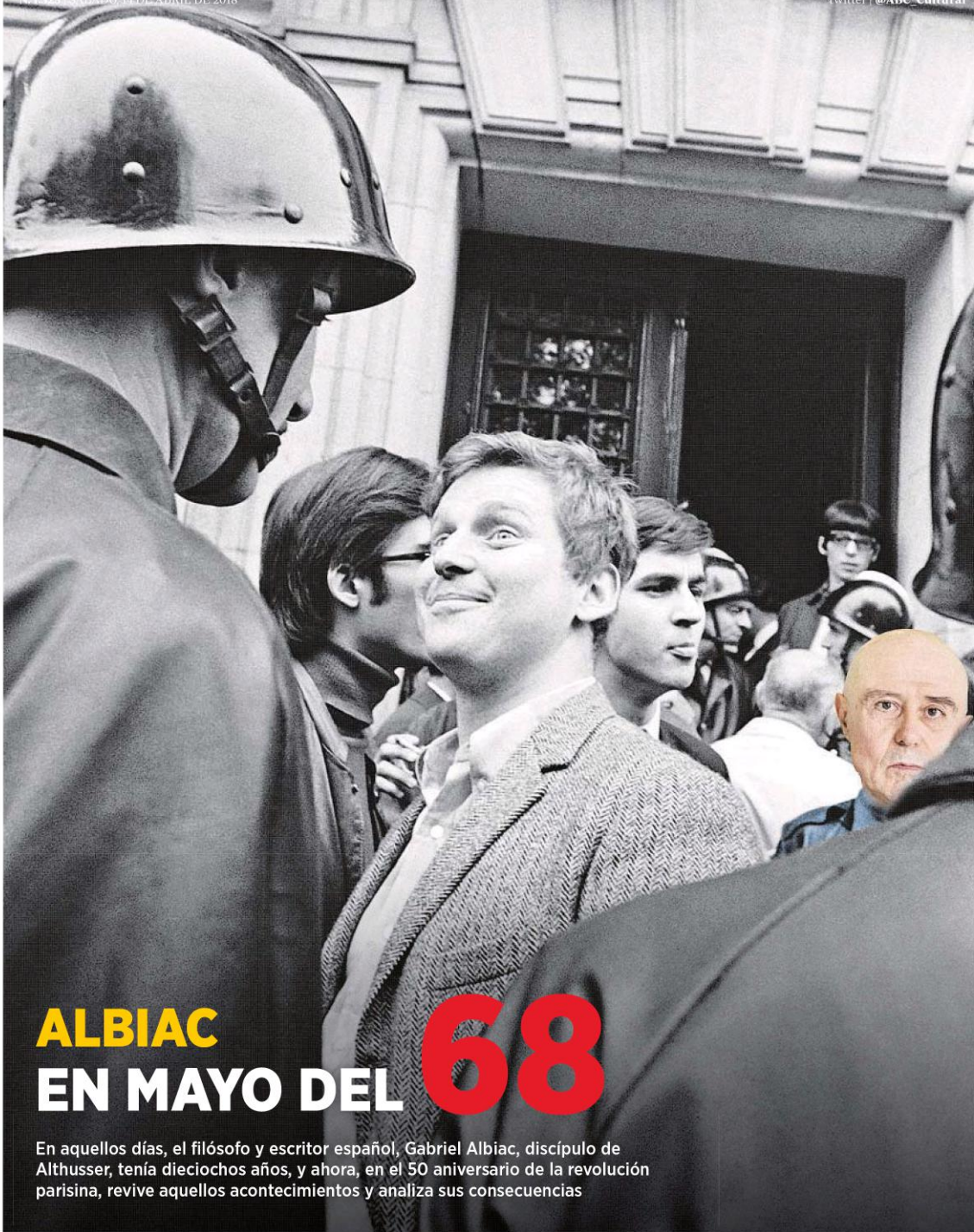


ABC CULTURAL

N.º 135 | SÁBADO 14 DE ABRIL DE 2018

Twitter | @ABC_Cultural



ALBIAC EN MAYO DEL 68

En aquellos días, el filósofo y escritor español, Gabriel Albiac, discípulo de Althusser, tenía dieciochos años, y ahora, en el 50 aniversario de la revolución parisina, revive aquellos acontecimientos y analiza sus consecuencias

Portada: JICK / ABC

pressreader

PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PressReader.com +3 904 278 8604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

«Lo que ahora se vende como revolución es populismo»

El 3 de mayo de 1968 estalla el último movimiento revolucionario, que está a punto de celebrar su cincuenta aniversario. **Gabriel Albiac** lo vivió en la trinchera y ha llegado la hora de revisarlo en su ensayo «Mayo del 68. Fin de fiesta»

LAURA REVUELTA

Gabriel Albiac tenía 18 años cuando estalla el 68 en París: uno de los grandes mitos culturales y políticos del siglo XX, que está a punto de cumplir 50 y no sé muy bien si tan campante. Como Albiac cuenta, «de los supervivientes del 68 muchos acabaron suicidándose o con crisis epilépticas». Para él, ha llegado el momento de revisitar aquel tiempo a través de la reactualización de su ensayo de 1993 *Mayo del 68. Una educación sentimental*, que ahora titula *Mayo del 68. Fin de fiesta* (Editorial Confluencias).
–Primera pregunta obligatoria: ¿por qué ese fin de fiesta?
 –Desarrollé una reflexión que sí me preocupaba mucho, y me preocupa mucho en estos años: hasta qué punto el 68 era la primera etapa del 89, es decir hasta qué punto la caída a plomo del Este era una consecuencia del 68. Todo se articula sobre una idea básica, la de que el siglo XX, a lo largo de su primera mitad, ha vivido bajo el imperio de una teología política, una teología política que se supone que en algún momento es una religión de suplencia.
–¿Qué entiende usted por teología política?
 –Desde 1917, se produce algo sin precedentes, que es lo que podemos llamar una religión mundana que opera como la gran religión del siglo; esa religión del siglo que nace con seguridad desde el propio Lenin, pero que se configura con Stalin y con todo el sistema de protección de la URSS, que son los partidos comunistas occidentales, funciona con todos los modelos de una religión de salvación. Desde finales de los años sesenta, toda la gente que

pensaba con un mínimo de cabeza intuía que aquello había sido la base, el origen de los mayores desastres del siglo.

–¿El 68 nace para poner fin al comunismo?

–Al día siguiente del choque del 3 de mayo, apareció un artículo larguísimo, de no sé cuántos folios, de un tal Georges Marchais, que en la época todavía no era secretario general del PC francés, pero que lo sería después, en el *Diario del Partido Comunista* francés, advirtiendo que el movimiento que se había desencadenado en el Barrio Latino era de los enemigos del proletariado y que tenía como objetivo tratar de destruir al proletariado, a su partido y a su sindicato.

–¿Eran conscientes los estudiantes de la responsabilidad?

–Inicialmente no, pero pasaron a serlo muy pronto, porque, naturalmente, cuando tú te encuentras con que los tios que te sacuden en una manifestación para que no sigas adelante son el servicio de orden de la CGT, es decir del sindicato del partido... Inmediatamente te empiezas a plantear algo. ¿Qué mosca les ha picado? **–¿Cómo reaccionan ante esa evidencia?**

–Un desconcierto muy grande. Eso supone que en los años inmediatamente posteriores la gente anda pegando bandazos. Creo que de esos bandazos, al final lo que sale es extraordinariamente positivo: la capacidad de entender que esto que se ha derrumbado no vale la pena volver a construirlo, y desde ese momento tenemos que pensar que la política no es un espacio de salvación, sino un espacio de administración de la cosa pública.

–¿Quiénes son todos esos chi-



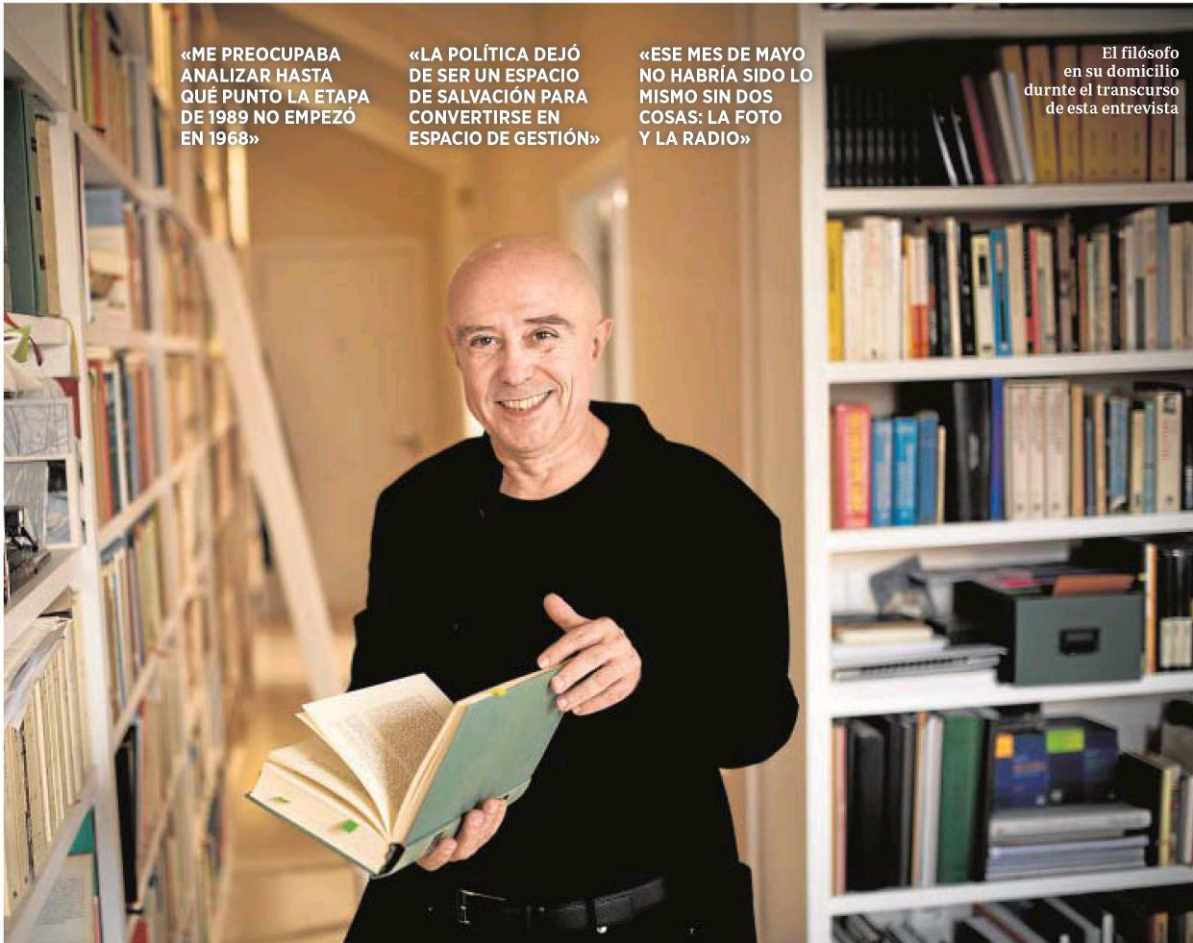
ABC

DE LA CALLE A LA SORBONA. Arriba, reyerta entre los estudiantes y la policía en la capital francesa. Bajo estas líneas, Sartre en la Sorbona delante de los estudiantes en una asamblea multitudinaria. Como cuenta Albiac: «Sartre y Simone de Beauvoir eran el Olimpo»



ABC





«ME PREOCUPABA ANALIZAR HASTA QUÉ PUNTO LA ETAPA DE 1989 NO EMPEZÓ EN 1968»

«LA POLÍTICA DEJÓ DE SER UN ESPACIO DE SALVACIÓN PARA CONVERTIRSE EN ESPACIO DE GESTIÓN»

«ESE MES DE MAYO NO HABRÍA SIDO LO MISMO SIN DOS COSAS: LA FOTO Y LA RADIO»

El filósofo en su domicilio durante el transcurso de esta entrevista

MAYA BALANYA



cos de 18 años que salen a la calle, cuyos orígenes no son precisamente obreros?

-El boom de la natalidad hace que lleguen masivamente a la universidad hijos de sectores que entonces nunca habían accedido, de pequeñísima burguesía, de funcionarios, de profesionales de infimo nivel. Y una cosa importantísima: llegan en masa las mujeres. En el caso francés, las mujeres habían ido llegando a la universidad desde los años anteriores, pero en un porcentaje mínimo habían acabado. ¿Por qué? Es una cuestión estrictamente técnica y que se suele olvidar, pero hay que decirla: los anovulatorios empezaron a comercializarse en Francia un año y medio antes del 68. Hasta ese momento, las mujeres llegaban a la universidad, pero a media universidad... Se produce una rotura completa

«Nunca ha habido tal acumulación de talento en París... El filósofo Althusser era prácticamente un Dios»

Todos los gestos de la cotidianidad y la política que vivimos con normalidad no son intemporales, nacieron ahí»

de las convenciones que venían asentadas sobre un modelo de una ranciedad absoluta. Lo terrible es quién era más rancio: ¿De Gaulle o el Partido comunista francés?

-¿Y quién era más rancio? -Probablemente, era más rancio el PC francés. La voladura de esa ranciedad, el descubrimiento de que todo ese sistema de convenciones era una tomadura de pelo es un descubrimiento clave.

-Al final, se hace mitología de un fracaso porque el 68 se va al traste.

-El modo en que perdimos per-

mitió barrer todo el pasado sin construir nada nuevo. Y barrerlo todo sin construir nada nuevo es la libertad.

-¿Entonces, su legado es más una leyenda o dónde radica su herencia en concreto?

-Es semilla de todo. Glucksman y su hijo escriben un libro que se llama *El 68 explicado a Nicolas Sarkozy*. Dice: usted (refiriéndose a Sarkozy) ha preguntado para qué ha servido el 68. La respuesta más sencilla es esta: sirvió para que usted pueda ser presidente de Francia. Antes del 68, un emigrante de segunda generación, como es

usted, sin haber pasado por ninguna de las grandes escuelas, como le sucede a usted, y con dos divorcios a cuestas, no podía ni soñar en hacer carrera política, no le digo ya ser presidente de Francia. Todos los gestos de la cotidianidad y de su traslación a la política que vivimos con normalidad no son intemporales, nacieron ahí.

-¿El 68 hubiera sido lo mismo sin esa iconografía fotográfica que le acompaña?

-No lo hubiera sido sin dos cosas: las imágenes, por un lado, y la radio, por otro. Tanto el 68 americano, como el 68 alemán, como el 68 francés nacen en las organizaciones de solidaridad con Vietnam. Y Vietnam es ante todo un sistema de imágenes. Nunca ha habido una guerra con tal esplendor de imágenes.

-Digamos que es una revolución fotogénica.

-Fotogénica del carajo. La se-

gunda clave es la radio. En el momento en que empieza el 68, el 3 de mayo, París está invadido por las unidades móviles. Durante las tres grandes jornadas, los tres grandes viernes, la comunicación entre el poder y los estudiantes se efectuó a través de las unidades móviles de radio.

-¿El 68 hubiera sido lo mismo sin la cantidad de intelectuales que allí había por metro cuadrado?

-Nunca ha habido tal acumulación de talento en París. Es un momento en el que Sartre y Beauvoir todavía están en ejercicio, Barthes, Foucault y Deleuze están en su esplendor, y Althusser es prácticamente Dios. Están todos. En un radio de 50 metros, tú encuentras prácticamente todo lo que es en ese momento la producción





intelectual clave para toda Europa en los siguientes 20 años.

—¿Y Malraux, el combatiente en la Guerra Civil española que entonces es ministro de Cultura con De Gaulle?

—Malraux ha vivido el paralelo de los años de entusiasmo juvenil de la Guerra de España y, a continuación, la caída en el vacío que supone el descubrimiento del estalinismo. El talento de Malraux cuando cuenta el 68 es contar desde el interior de un salón del Ministerio... Riéndose de sus compañeros de Gobierno, en particular del ministro del Interior, que no entiende nada y dice que no pasa nada.

—Pero él, como apunta en el libro, asegura que una revolución no se hace con la imagen, sino con armas.

—En algún momento dice algo así como: «Esto no es una revolución, es un ensayo para una película de Eisenstein».

—¿Y Sartre? ¿Está ahí, pero ya es un poco un personaje decadente?

—Decadente antes de tiempo. Porque el problema con Sartre es que tuvo una vejez muy prematura, fruto de haberse cui-

dado muy mal. Como dice: «Me atiborré de tomar anfetaminas para escribir la *Crítica de la razón dialéctica* y me destrucé».

—¿Esos jóvenes del 68 respetan a estos mitos?

—Ellos consideran, inicialmente, que todos estos son momias. Y un día nos encontramos con que, a través de unos amigos, Beauvoir nos manda el mensaje de que Sartre y ella querían hablar con nosotros. Nos quedamos a cuadros. Sartre y Beauvoir eran el Olimpo. Nosotros éramos unos chavales que no sabíamos nada de nada. La entrevista se produjo en casa de Beauvoir. Lo que más nos llamó la atención es que los tíos no intentaron dar un consejo. No hicieron más que preguntas. Y aceptaron que les contásemos todo, y no intentaron en ningún momento corregirnos. Sartre era un hombre que había tenido una vida política muy larga y muy caótica, y que había pasado por un periodo de tolerancia hacia el estalinismo del que él se lamentó durante toda su vida.

—¿Hoy serían posible revoluciones como esta?

—Tengo mis dudas sobre el concepto de revolución. La revolución antes de 1789 y, sobre



EN FEMENINO. En el 68, las mujeres llegan a la universidad en masa. Se produce una rotura de convenciones

todo, en 1794, no tenía el carácter de acontecimiento revulsivo, sino, por el contrario, de ciclo de repetición. Revolución es un concepto caótico a lo largo de todo el siglo XIX, y diría que cristaliza en la idea salvacionista en el siglo XX, a partir de 1905, y sobre todo a partir de 1917. Pienso que esa idea salvacionista es la que salta por los aires entre el 68 y el 89, y sería peligrosísimo que se recompusiese.

—¿Lo que se vende ahora como revolución?

—Es populismo.

—A las nuevas generaciones que saben poco de casi todo, ¿qué les debería llegar de aquello?

—No creáis nunca en nada. Que es un viejo lema platónico.

—¿Y aquello de la imaginación al poder, es un eslogan real o es una falacia?

—Los que hemos dedicado parte de nuestra vida al estudio de Spinoza sabemos perfectamente que la imaginación siempre está en el poder, pero no precisamente para bien. La imaginación es el sistema de ficciones y de distorsiones que permiten a un poder perpetuarse sin tener que recurrir a formas de violencia primaria. ■

MELANCOLÍA REVOLUCIONARIA

POR FERNANDO CASTRO FLÓREZ

Todos los protagonistas que escribieron la historia del 68 —Sartre, Althusser, Malraux, Cohn-Bendit...— desfilan por este

esclarecedor ensayo que mira el pasado como si fuera cosa del futuro. La historia de una guerrilla que pudo comprobar cómo los sueños se transforman en pesadillas

La primera frase puede contener la totalidad de un libro: «Es imposible hablar del 68 en primera persona. O, si es posible, es estúpido». Gabriel Albiac juega a «escribir sin yo», algo que no puede hacer, aunque haga, generacionalmente, mutis por el foro. Sus «esquirlas de memoria» componen un collage o, mejor, se articulan en un bricolaje (por retomar una expresión acuñada por Lévi-Strauss en *El pensamiento salvaje*) que sedimenta un placer sin futuro. La Historia comienza con el *Angelus Novus* de Paul Klee que, para Benjamin, estaba arrastrado por la tempestad que llamamos progreso, volviendo la mirada hacia un pasado en el que los residuos catastróficos ascendían hasta tocar el cielo.

Albiac sabe de sobra que «en el instante de peligro» hay que extraer imágenes materialistas aunque sea con fragmentos que propiamente quiebran el sentido. Esta rememoración comienza en el otoño de 1990 con el entierro de Althusser y, con la mirada del duelo, va focalizando a algunos protagonistas de aquel mayo de hace medio siglo. Mientras en la calle el pavimento ofrece armas

arrojadizas, Malraux en el Palais-Royal, encarnando una conversación, valga la paradoja, espectral con Max Torres que no sería otra cosa que una forma de «camuflar» la memoria de Max Aub, recuerda con nostalgia a Bergson cuando se extendía la peste de «freudo-marxismo». Todo comenzó con una caída del ministro Alain Peyrefitte que vino a decir que más que una revuelta lo que estaba aconteciendo era una mínima algarada de «une dizaine d'enragés». Esos enfurecidos no dejaron de crecer.

Ópera coral

Destacan, en esta ópera coral, las intervenciones de Cohn-Bendit, el pelirrojo gordito que se planta ante el rector en la Sorbona, Robert Linhardt, el líder de los maoístas de la calle Ulm que, en esos días de furia, se quebró, Pierre Goldman, activista, vociferante, atracador de farmacias, presunto homicida, finalmente «ajusticiado» de un tiro en la nuca o la puntual aparición de Michèle Firk, treintañera, y suicida en un podridoantro en Guatemala, una guerrillera que pudo comprobar como los sueños se transformaban en pesadillas.

La sombra alargada de Rimbaud y el «paso a la acción» se entretrejen con una larga cita de Guy Debord, en la revista *Internationale Situationniste* (1964), en la que indica que «no podemos construir más que sobre las ruinas del espectáculo». Mucho más sombrío se torna el recuerdo de las miserias del Partido Comunista Francés. Los activistas fueron de derrota en derrota, impulsados en esos días por la ofensiva del Têt. Apoyados, puntualmente, por el bienintencionado Touraine o conmovidos cuando Sartre, para Albiac el modelo de un estar éticamente en el mundo, tomó la palabra en el gran anfiteatro de la Sorbona.

Recorremos, día a día, de la mano del monumental libro de Hamon y Rotman sobre *Les années de rêve*, los acontecimientos de esta Fiesta en la que se pudo escuchar la Internacional bajo el Arco del Triunfo y las barrica-

das materializaron el deseo y la oposición irreductible. No hubo asalto final, el vacío político no fue ocupado

y el gesto de tomar la Bolsa llevó, sencillamente, a la nada de la economía. Los jóvenes anti-soviéticos se tomaron pro-chinos, una generación de sujetos que eran verdaderas bibliotecas andantes participaron en una «revolución de filмотeca». *La Chinoise* de Godard describe y parodia el tono político epocal. Lacan sabía que los rebeldes, en última instancia, querían «un am». Una pintada en un muro: «Gozad sin trabas!», un mandato, un oximoron clamoroso. El General De Gaulle anunció que el recreo se había terminado, aunque también pronuncio palabras escatológicas: «*C'est la chienlit*». Gabriel Albiac sabe que no es posible vivir sin epopeya y recuerdo, con melancolía, lo mejor de la vida: las vísperas de una revolución que «no tuvo lugar». ■



Mayo del 68. Fin de fiesta
Gabriel Albiac
Confluencias, 2018
Colección Casa Europa
228 páginas
18 euros
★★★★